

Halcón y Cascabel

Hemos aprendido a volar como
los pájaros y a nadar como los
peces, pero no hemos aprendido el
sencillo arte de vivir juntos como
hermanos.
- Martin L. King.

Me disponía a reposar sentado en una roca, antes de reanudar mi caminata, cuando me percaté que no estaba sólo. Un joven, tan flaco como yo y quizás algo menor, espiaba el abismo. Llevaba una gorra blanca que le quedaba algo grande, e iba y venía acercándose y alejándose del filo de las piedras como perro inquieto olfateando el viento. Puse mi mochila sobre el piso, saqué el chaleco contra vientos y me deshice de las botas para liberar los pies. Lo saludé mientras continué acomodándome para el descanso. Apenas si me respondió. Insistí.

-- “¿Qué haces?” le pregunté ya sin rodeos.

-- “Espero que cambie el viento para poder volar” respondió mientras miraba fijo la distancia.

Comprendí sus movimientos. Su espíritu era el de un ave. Uno de esos seres que desafiando la gravedad, sin aletear, descansa sobre lo invisible y se transporta sin esfuerzo aparente flotando en el aire. El mío, en cambio, siempre fue de serpiente. Mi espíritu era el de la tierra. Prefería andar entre piedras escondido bajo ramas, trepar sigiloso sin esfuerzo aparente, saboreando el aire, rozando las rocas, arañando la grava, resbalando sobre la arcilla hecha polvo y dejando huella en el barro.

“¿Tendrás que esperar mucho?”

“Quizás... los vientos son caprichosos.” Me respondió

Los pinos que parecían crecer en la misma roca apenas si se balanceaban, una leve brisa comenzaba a enfriarme.

Le pregunté cuándo pensaba lanzarse y desde dónde y comenzó a hablarme casi sin detenerse. Mi curiosidad había vencido su aparente reticencia. Me explicó que estaba acostumbrado a esperar: a veces hay mucha nube; a veces llueve; a veces los vientos son

muy fuertes.... En ocasiones el mejor momento es la mañana, en otros lugares el atardecer es el más propicio...

“Siempre habrá otras montañas y otras corrientes”, sentenció pausando brevemente y dejando entrever algo de nostalgia.

Me relató luego que todo lo que sabía se lo debía a su padre, su instructor, quien lo había llevado en viajes, de continente en continente, a lanzarse al vacío imitando el vuelo del águila, el jote, el cóndor, el albatros... No tuve que preguntarle más nada, habló incesante mientras oteaba el horizonte y recordaba detalles de los vuelos anteriores, anhelando el que estaba por venir. Hablaba animadamente, charlando sin interrumpir el ritmo inquieto de sus movimientos. Hoy volaría solo. Años atrás, su padre había muerto en su ley y meses antes el había sufrido un accidente en el que se había fracturado una pierna. Ahora estaba recuperado y escudriñaba el ambiente para el vuelo del retorno. Fue así como inesperadamente conocí su historia.

Minutos después él callaba de improviso, tal como había comenzado El silencio indicó mi turno. No supe que decirle, mi vida estaba libre de tragedias y, sin saber por qué, me dio vergüenza decírselo. Le hablé alguna nimiedad mientras sorbía un poco de agua y masticaba una de las barras que me servían para reponer energías.

Aquella mañana yo había subido a la montaña en un esfuerzo por reafirmar vida y me encontraba de frente con alguien que atisbaba la muerte. Me miró retando una verdadera respuesta y comenzó a alejarse. Apenas recuperado del desconcierto ocasionado por su sorpresivo e ininterrumpido relato, le di mi nombre. Le conté de mi escalada de ese día y le dije que nunca había volado en parapente.

--“Una vez estuve muy cerca de hacerlo pero... las condiciones... cambiaron”, le expliqué titubeante, tratando de ocultar la verdad, queriendo aminorar la distancia que me separaba de su pasión.

--“Mis amigos me llaman Hawk” me dijo extendiéndome su brazo su mano, “cuando quieras te enseño a volar” agregó, mientras regresaba a pararse en uno de los peñascos más cercanos al precipicio; una saliente de tonalidades grises que contrastaba con el rosáceo de la tierra. Asentí a su invitación sin saber por qué. Conversamos unos minutos más y quedamos en encontrarnos en el mismo lugar la semana siguiente.

--“Será inolvidable,” me aseguró al despedirse, “de ahí en adelante sólo pensarás en planear”.

Desde la cima de los Montes Sandía en Nuevo México, respiré profundo inhalando el aire ligero de la altura, admiré la ondulada cuesta por la que había ascendido y dirigí la mirada a la distancia donde los techos plateados de los edificios de la ciudad de Albuquerque hormigueaban al recibir los rayos del sol cansado de la tarde. Pensé en cómo sería planear por esos aires, en cómo se verían las montañas, la ciudad y las gentes desde las alturas, en cómo me sentiría al navegar sobre el viento, y en cada una de esas imágenes plácidas en mi imaginación apareció el vértigo y el desastre.

Tuve una semana angustiada considerando la posibilidad de arrojarme al barranco. Una y otra vez repetí las imágenes en mi mente. Recordé la primera vez que había estado muy cerca de lanzarme, de la carrera en dirección al vacío mientras el parapente respiraba tomando aire y parecía adquirir vida propia. Reviví ese instante de impotencia, con el control en mis manos, en el que

alcancé a vislumbrar un vuelo impulsado por las veleidades de las corrientes y el azar del destino. Oí de nuevo las voces de aliento de quien me guiaba y después el ofrecimiento de alguien para llevarme en tándem si no lograba hacerlo solo: un consuelo que se me ofreció en vista de la derrota.

Siete días más tarde llegado un nuevo momento decisivo, esta vez frente a Hawk, no pude ocultar mi temor. Él me miró directo a los ojos y entendió mi irresolución. Fue cuando me confesó, observando el cascabel que colgaba de mi cinturón, que las culebras le inspiraban terror. Me preguntó como lo había obtenido. Le dije que era un trofeo de una de mis caminatas. Lo había encontrado por casualidad entre unas rocas.

“Antes de sentarme a descansar siempre tengo la precaución de hurgar entre ellas”, le explique.

“No sé como haces para escalar” me dijo, “en medio de esa selva de despeñaderos y víboras”.

Intercambiados nuestros temores comenzó nuestra amistad. Aquel día, cuando Hawk inició su danza con el viento, yo comencé mi descenso por las faldas de la pendiente. Al caer la tarde decidimos comprar una radio de dos vías.

El fin de semana siguiente mientras él dibujaba amplios círculos como buitres, y yo serpenteaba la peña, conversamos por la radio. Hawk luchó por planear el mayor tiempo posible; yo me propuse descender antes de que él tocara tierra. Los colores del atardecer que Hawk divisó desde las alturas fueron los de las rocas y la tierra color sandía por las que transitó.

Así transcurrieron nuestros encuentros.

--“A veces te pierdes entre las rocas” me decía. “Pienso en el esfuerzo que haces y es cuando más aprecio la tranquilidad de las alturas”.

Él en cambio, un halcón multicolor, siempre resaltaba en el eterno fondo azul del cielo de Nuevo México.

Un día, mientras hablaba revoloteando a mí alrededor, me dijo que se iba a surcar otros aires. Un deseo interno que no sabía explicar lo llamaba, y partiría. Fue la primera y última vez que nos abrazamos, nunca más lo volví a ver.

Seguí sus vuelos a través de ocasionales noticias que leía ávido en algún monitor: su juventud y pericia eran reconocidos por los clubes de parapentismo de los lugares que visitaba y con frecuencia figuraba en los torneos. Por algún tiempo continué recibiendo breves mensajes suyos en los que me señalaba el nombre del pico desde el cual se estaría lanzando el día, la semana o el mes siguiente. Compré un mapa del mundo para localizarlo y seguirlo en sus viajes. Siempre le respondí contándole temas triviales. Sus respuestas, esporádicas, llegaban llenas de ese entusiasmo contagioso que sentía antes de volar. Las mías siempre le ocultaron mi tragedia.

Poco tiempo después de su partida yo había sufrido un accidente. Un conductor ebrio había arrollado mi auto. Después de muchos días en el hospital la prognosis no fue la mejor. Los médicos me aseguraron que no podría volver a caminar. A pesar de mis esfuerzos, el paso del tiempo le dio la razón al dictamen de los doctores.

Seguí a Hawk por muchos meses hasta que un día le perdí el rastro. Desapareció de improviso,

tal como lo había conocido aquella vez en la cúspide encantada de los Sandía, pero su imagen siguió intacta en mi mente, saltando de roca en roca al borde de la montaña. Una imagen que, sintiendo el aire, anhela subirse a la ráfaga exacta, que la eleve lo suficiente separándola de los riscos, para después iniciar el plácido descenso circular. Un halcón que pintarrajea de color un lienzo añil. Y recuerdo su frase favorita, que me confesó había heredado de su padre: “Siempre habrá otras montañas y otras corrientes”.

Ahora que mis pies no sienten y, sólo, escucho el murmullo del viento; ahora que siento el aire calentarse lento mientras soy yo quien desciende en interminables círculos; ahora que el vacío es vida, y soy yo quien hace dibujos en el horizonte, imagino a Hawk, cual liebre, venciendo el temor a las serpientes, escurriéndose entre rocas, descendiendo la pendiente... e imagino lo maravillosas que serían nuestras conversaciones.

Victor M. Jordan
Department of Spanish and Portuguese
University of Florida

Critica

Tres momentos articulan el cuento de Víctor M. Jordan; son tres momentos que marcan el derrotero de una relación existencial entre seres aparentemente irreconciliables en su naturaleza. Con todo y ello, la lectura de esta pequeña pieza nos plantea que, a pesar de las diferencias entre los personajes, subyace una identidad esencial que une a diversas manifestaciones del orbe. Tal vez eso es lo que sugiere el epígrafe de Martin L. King con el que se abre el texto. De estructura sencilla, planteando tres etapas de una amistad que trasciende la presencia cotidiana y al apego, el cuento de Jordan es una mirada clara y directa a la identidad que permanece más allá de rótulos y actitudes. Como una rueda de la vida que se cierra sobre sí misma, enmarcado básicamente en la geografía de Nuevo México, este relato establece el punto de encuentro entre el cielo y la tierra, entre el halcón y la cascabel, entre dos oposiciones que al juntarse cierran el círculo de la totalidad, ese mismo universo en el que ave y serpiente son uno con el todo.

Carlos Velásquez Torres
The University of Arizona